



A VIDA O MUERTE

Estamos en deuda con nuestro apreciable colega El Separatista, que hace pocos días publicó un razonado y sensato artículo, comentando el que vio la luz en estas columnas con el título de Impresiones de viaje. La moderación y altura de miras que campean en el escrito del referido periódico, bien merecen que le demos cumplida y cortés contestación.

Diferenciados de los que se obstinan en cerrar los ojos ante la realidad, como el avestruz que limita su defensa a esconder la cabeza bajo el ala, el colega reconoce que hay motivos para recelar de una situación cual la presente, empujados por neblinas y sostenida en el equívoco. El cuadro que traza la pluma del compañero es realmente pavoroso, y por venir de quien viene y por tener indubitable autoridad, queremos reproducirlo íntegro a pesar de su extensión.

«Los años próximamente—dice—van pasando desde que los Estados Unidos vinieron—á título de ocupación militar, accidental y transitoria—á prepararnos para el gobierno propio que de derecho habrían reconocido al intervenir en nuestra contienda con España, y en esos dos años de arbitrariedad y de dictadura, háase modificado radicalmente leyes y organismos, adaptando unas y otras á costumbres exóticas que no se avienen con nuestras necesidades, ni con nuestros caracteres étnicos, ni con nuestras aspiraciones para el porvenir, y perturbándose todos los elementos constituidos de nuestra riqueza, que hoy yace sepultada por el peso abrumador de disposiciones absurdas.

«Para—sin duda alguna—el principal deber de los Estados Unidos facilitar los medios indispensables para llegar á la reconstrucción del país, realmente depauperado por los desastres de la guerra, y en vez de procurar esas facilidades con nuestros propios recursos, suficientes para dar vida á la agricultura y á la industria, nos presentan obstáculos poderosos contra los cuales se estrellan todas nuestras actividades y todas nuestras energías.

«La Ley Foraker, que si fué útil en los primeros momentos para contener en su innoble abordecible explotación vandálica, no tiene ya razón de existir, y en vez de procurar esas facilidades con nuestros propios recursos, suficientes para dar vida á la agricultura y á la industria, nos presentan obstáculos poderosos contra los cuales se estrellan todas nuestras actividades y todas nuestras energías.

Blanco, no hubiese aquí más voz ni más opinión autorizada que la de aquellos en cuyas manos estuviésemos la propiedad y la riqueza de la Isla.

Para conjurar esos positivos riesgos, hoy habrá más fórmula que la de cruzarse de brazos, fíndole todo á los vaivenes de la política, en todas partes voluble y tornadiza, y mucho más en los Estados Unidos, donde la cuestión de Cuba «pasó ya de moda». Nosotros tomamos todas las opiniones, aun las más extrañas é inconcebibles, pero no alcanzamos á comprender que haya mengua para los elementos revolucionarios en pedir á los gobiernos americanos que ya no conceden la inmediata independencia, reconozcan á este país el derecho de organizarse y de intervenir en sus propios asuntos, á fin de aprestarse á la defensa de sus más caros intereses y de que si algún día es llamado á erigirse nación soberana, no llegue á ese supremo instante de su historia destruido, insolvente y maltratado, sino disciplinado, fuerte y capaz de constituir una república bien ordenada.

«Que la ocupación militar americana ha de durar mucho tiempo, es cosa que no niegan ni siquiera los más optimistas y confiados; pero aún admitiendo que no durase sino dos ó tres años más, habría de sobra con la escasa vitalidad que al país le resta. Basta tener ojos y no ponerse una venda en ellos, para comprender que la vaguedad de la situación presente, falta por completo de base, va creando un ambiente de incertidumbre, de dudas y de dudas, que nuestros caracteres étnicos, ni con nuestras aspiraciones para el porvenir, y perturbándose todos los elementos constituidos de nuestra riqueza, que hoy yace sepultada por el peso abrumador de disposiciones absurdas.

«Pero el DIARIO no ha atribuido á El Cubano nada que El Cubano no haya dicho. Ocupándose el colega del editorial publicado en nuestro periódico con el título de Impresiones de viaje, escribió estas palabras:

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Vaya, el colega no rechaza ya la riqueza y la inteligencia... de las cosas de su patria.

«Muy mal, si con ello tiene bastante para realizar sus altos empeños. El general Aleman, en un notable trabajo que publica en un colega de la tarde, demuestra, después de un acabado análisis de la presente situación, la necesidad de una obra de saneamiento político-social, en la que «no se aliente el vértigo de las pasiones ajenas, ni se conceda á los indiferentes, ni se espante á los mismos culpables, ni se endiosé á los que están puros; obra de aproximaciones, de justicia reparadora, no de venganzas insensatas ni de exclusivismos estrechos, ni de beneficio personal ó de grupos si no de beneficio único para la patria.»

«No quiere en esa obra violencia ni debilidades, sino orden y procedimientos lógicos «para no comprometer con asonadas ni con el vértigo de las pasiones ajenas, ni lo que es peor, el prestigio de la causa que es defendida.»

«Necesitamos—añade—pensar con el cerebro. Necesitamos darnos cuenta de las cosas, entenderlas, conciliarlas, y no volví á encontrarme hasta el reinado del monarca que diése.

«Ahí dijo Labrie gravemente, eso ya es distinto. (Con que es decir, que descendes de la *sota de copas*.)

«Como tal de la *sota de espadas*. En el momento en que Hogier de Levis afirmaba esta descendencia con la calma que tan bien se aviene con la verdad, abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró un joven y apuesto francés de una alta estatura, espaldas y cuerpo de pólvora.

«Por la virgen tu primo querido Hogier, dijo el recién llegado; tengo el dolor de anunciarle que al lado mio me he metido un hijo de puta sin permiso. Y nuestros amigos Hogier y Labrie no son más que unos pobres plebeyos.

«¿Pues qué dices descendes tú, Amayú? preguntó Hogier de Galard.

«Mi nombre lo está diciendo, respondió el recién llegado, descendiendo de Née.

«¿En línea recta? preguntó Hogier de Galard.

«En línea recta, respondió Hogier de Galard. El primero de mis predecesores, dijo primogénito Japhet, reinó en las orillas del Ganges, y uno de sus descendientes, Lancelot, fué el compañero del emperador Alejandro, quien le dio el nombre de *valde de trébol* (sota de bastos).

«Ahí Para ellos no será el triste lance de esta victoria del militarismo, tras la cual vendrá el grito de fuerzas patrióticas, el desbordado de personalidades dignas de la revolución, que debieron conservar incluída la generación de los cubanos hechos sus víctimas, que hoy pasan á darsa prueba los apasionamientos de la política de partido.

En resumen: que no hemos debido exponer á patriotas dignísimos, que representan el sentimiento revolucionario, á los tropiezos de una administración difusa y á las censuras de la política menuda.

Piensa bien El Vigilante. ¿A dónde habrán ido á parar el prestigio de Garibaldi, por ejemplo, si después de realizar la unidad e independencia de un patria, hubiese aceptado una carta ó una alcaidía?

En cambio ¿qué grande es pasando apoyado en su vieja edad, por el huertecito de la soledad de Caparra, y dejándose morir pobre y olvidado de la corte, pero adorado por treinta millones de hombres redimidos!

Por fortuna el elemento militar cubano si no gana nada, tampoco perderá gran cosa aceptando puestos municipales.

En un año apenas hay tiempo para caer ni para levantarse.

Dice El Cubano: Atribuyémosle la afirmación, de lo que también se hace responsable al Partido Nacional, de que el país no necesita para su definitiva constitución, de los hombres ricos ni de los intelectuales.

«Bóhdá á volar esta especie por un periódico extranjero... El periódico extranjero es el DIARIO.

«Pero el DIARIO no ha atribuido á El Cubano nada que El Cubano no haya dicho. Ocupándose el colega del editorial publicado en nuestro periódico con el título de Impresiones de viaje, escribió estas palabras:

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Vaya, el colega no rechaza ya la riqueza y la inteligencia... de las cosas de su patria.

«Muy mal, si con ello tiene bastante para realizar sus altos empeños. El general Aleman, en un notable trabajo que publica en un colega de la tarde, demuestra, después de un acabado análisis de la presente situación, la necesidad de una obra de saneamiento político-social, en la que «no se aliente el vértigo de las pasiones ajenas, ni se conceda á los indiferentes, ni se espante á los mismos culpables, ni se endiosé á los que están puros; obra de aproximaciones, de justicia reparadora, no de venganzas insensatas ni de exclusivismos estrechos, ni de beneficio personal ó de grupos si no de beneficio único para la patria.»

«No quiere en esa obra violencia ni debilidades, sino orden y procedimientos lógicos «para no comprometer con asonadas ni con el vértigo de las pasiones ajenas, ni lo que es peor, el prestigio de la causa que es defendida.»

«Necesitamos—añade—pensar con el cerebro. Necesitamos darnos cuenta de las cosas, entenderlas, conciliarlas, y no volví á encontrarme hasta el reinado del monarca que diése.

«Ahí dijo Labrie gravemente, eso ya es distinto. (Con que es decir, que descendes de la *sota de copas*.)

«Como tal de la *sota de espadas*. En el momento en que Hogier de Levis afirmaba esta descendencia con la calma que tan bien se aviene con la verdad, abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró un joven y apuesto francés de una alta estatura, espaldas y cuerpo de pólvora.

«Por la virgen tu primo querido Hogier, dijo el recién llegado; tengo el dolor de anunciarle que al lado mio me he metido un hijo de puta sin permiso. Y nuestros amigos Hogier y Labrie no son más que unos pobres plebeyos.

«¿Pues qué dices descendes tú, Amayú? preguntó Hogier de Galard.

«Mi nombre lo está diciendo, respondió el recién llegado, descendiendo de Née.

«¿En línea recta? preguntó Hogier de Galard.

«En línea recta, respondió Hogier de Galard. El primero de mis predecesores, dijo primogénito Japhet, reinó en las orillas del Ganges, y uno de sus descendientes, Lancelot, fué el compañero del emperador Alejandro, quien le dio el nombre de *valde de trébol* (sota de bastos).

«Dispénsame, observó Hogier de Levis á su vez; pero ¿no creas que te dirijieras, abandonando la pomposidad de la frase retórica para realizar el deber de un hombre de bien, como se sentiría la Patria en el alma, no llevarías en el labio para adquirir una credencial que nos aleja de alcanzar por el trabajo los medios de vida propios, que son los que dan la independencia personal y honrada en un pueblo libre los hombres individualmente, la colectividad tiene que ser libre también.

Pero nada de esto es posible sin la unión bien entendida de todos los hombres; agrupándose en torno de una bandera salvadora—hoy más económica que política, porque el verbo de la independencia es inviolable é indisputable para los todos, y se sobrepone á las pasiones y á las tendencias partidistas, por las instituciones particulares, partidos políticos, corporaciones, etc.

Bandera de salvación hemos dicho, y así es en efecto la que logra cobijar á los hombres y todas las parcialidades, para la realización del ideal: la patria libre y soberana, reconstituida por el trabajo, próspera y feliz, respetada por todos los que la habitan, y recibiendo al fin el premio de la persona y honrada en un pueblo unido por el amor y los intereses en la confraternidad hermosa que el Maestro señala, ejemplos sean ante el modelo entero de la grandeza de este pueblo que el mundo en destrucción necesita para lograr su libertad, sea también, al amparo de ésta, reconstruir su hogar, en el mandar, sin necesidad de poder extraño, y cumplir dignamente con sus deberes históricos, alta la bandera en el orden y grande en su virtud.

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Vaya, el colega no rechaza ya la riqueza y la inteligencia... de las cosas de su patria.

«Muy mal, si con ello tiene bastante para realizar sus altos empeños. El general Aleman, en un notable trabajo que publica en un colega de la tarde, demuestra, después de un acabado análisis de la presente situación, la necesidad de una obra de saneamiento político-social, en la que «no se aliente el vértigo de las pasiones ajenas, ni se conceda á los indiferentes, ni se espante á los mismos culpables, ni se endiosé á los que están puros; obra de aproximaciones, de justicia reparadora, no de venganzas insensatas ni de exclusivismos estrechos, ni de beneficio personal ó de grupos si no de beneficio único para la patria.»

«No quiere en esa obra violencia ni debilidades, sino orden y procedimientos lógicos «para no comprometer con asonadas ni con el vértigo de las pasiones ajenas, ni lo que es peor, el prestigio de la causa que es defendida.»

«Necesitamos—añade—pensar con el cerebro. Necesitamos darnos cuenta de las cosas, entenderlas, conciliarlas, y no volví á encontrarme hasta el reinado del monarca que diése.

«Ahí dijo Labrie gravemente, eso ya es distinto. (Con que es decir, que descendes de la *sota de copas*.)

«Como tal de la *sota de espadas*. En el momento en que Hogier de Levis afirmaba esta descendencia con la calma que tan bien se aviene con la verdad, abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró un joven y apuesto francés de una alta estatura, espaldas y cuerpo de pólvora.

«Por la virgen tu primo querido Hogier, dijo el recién llegado; tengo el dolor de anunciarle que al lado mio me he metido un hijo de puta sin permiso. Y nuestros amigos Hogier y Labrie no son más que unos pobres plebeyos.

«¿Pues qué dices descendes tú, Amayú? preguntó Hogier de Galard.

«Mi nombre lo está diciendo, respondió el recién llegado, descendiendo de Née.

«¿En línea recta? preguntó Hogier de Galard.

«En línea recta, respondió Hogier de Galard. El primero de mis predecesores, dijo primogénito Japhet, reinó en las orillas del Ganges, y uno de sus descendientes, Lancelot, fué el compañero del emperador Alejandro, quien le dio el nombre de *valde de trébol* (sota de bastos).

«Dispénsame, observó Hogier de Levis á su vez; pero ¿no creas que te dirijieras, abandonando la pomposidad de la frase retórica para realizar el deber de un hombre de bien, como se sentiría la Patria en el alma, no llevarías en el labio para adquirir una credencial que nos aleja de alcanzar por el trabajo los medios de vida propios, que son los que dan la independencia personal y honrada en un pueblo libre los hombres individualmente, la colectividad tiene que ser libre también.

Pero nada de esto es posible sin la unión bien entendida de todos los hombres; agrupándose en torno de una bandera salvadora—hoy más económica que política, porque el verbo de la independencia es inviolable é indisputable para los todos, y se sobrepone á las pasiones y á las tendencias partidistas, por las instituciones particulares, partidos políticos, corporaciones, etc.

Bandera de salvación hemos dicho, y así es en efecto la que logra cobijar á los hombres y todas las parcialidades, para la realización del ideal: la patria libre y soberana, reconstituida por el trabajo, próspera y feliz, respetada por todos los que la habitan, y recibiendo al fin el premio de la persona y honrada en un pueblo unido por el amor y los intereses en la confraternidad hermosa que el Maestro señala, ejemplos sean ante el modelo entero de la grandeza de este pueblo que el mundo en destrucción necesita para lograr su libertad, sea también, al amparo de ésta, reconstruir su hogar, en el mandar, sin necesidad de poder extraño, y cumplir dignamente con sus deberes históricos, alta la bandera en el orden y grande en su virtud.

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Vaya, el colega no rechaza ya la riqueza y la inteligencia... de las cosas de su patria.

«Muy mal, si con ello tiene bastante para realizar sus altos empeños. El general Aleman, en un notable trabajo que publica en un colega de la tarde, demuestra, después de un acabado análisis de la presente situación, la necesidad de una obra de saneamiento político-social, en la que «no se aliente el vértigo de las pasiones ajenas, ni se conceda á los indiferentes, ni se espante á los mismos culpables, ni se endiosé á los que están puros; obra de aproximaciones, de justicia reparadora, no de venganzas insensatas ni de exclusivismos estrechos, ni de beneficio personal ó de grupos si no de beneficio único para la patria.»

«No quiere en esa obra violencia ni debilidades, sino orden y procedimientos lógicos «para no comprometer con asonadas ni con el vértigo de las pasiones ajenas, ni lo que es peor, el prestigio de la causa que es defendida.»

«Necesitamos—añade—pensar con el cerebro. Necesitamos darnos cuenta de las cosas, entenderlas, conciliarlas, y no volví á encontrarme hasta el reinado del monarca que diése.

«Ahí dijo Labrie gravemente, eso ya es distinto. (Con que es decir, que descendes de la *sota de copas*.)

«Como tal de la *sota de espadas*. En el momento en que Hogier de Levis afirmaba esta descendencia con la calma que tan bien se aviene con la verdad, abrióse de pronto la puerta de la sala, y entró un joven y apuesto francés de una alta estatura, espaldas y cuerpo de pólvora.

«Por la virgen tu primo querido Hogier, dijo el recién llegado; tengo el dolor de anunciarle que al lado mio me he metido un hijo de puta sin permiso. Y nuestros amigos Hogier y Labrie no son más que unos pobres plebeyos.

«¿Pues qué dices descendes tú, Amayú? preguntó Hogier de Galard.

«Mi nombre lo está diciendo, respondió el recién llegado, descendiendo de Née.

«¿En línea recta? preguntó Hogier de Galard.

«En línea recta, respondió Hogier de Galard. El primero de mis predecesores, dijo primogénito Japhet, reinó en las orillas del Ganges, y uno de sus descendientes, Lancelot, fué el compañero del emperador Alejandro, quien le dio el nombre de *valde de trébol* (sota de bastos).

«Dispénsame, observó Hogier de Levis á su vez; pero ¿no creas que te dirijieras, abandonando la pomposidad de la frase retórica para realizar el deber de un hombre de bien, como se sentiría la Patria en el alma, no llevarías en el labio para adquirir una credencial que nos aleja de alcanzar por el trabajo los medios de vida propios, que son los que dan la independencia personal y honrada en un pueblo libre los hombres individualmente, la colectividad tiene que ser libre también.

Pero nada de esto es posible sin la unión bien entendida de todos los hombres; agrupándose en torno de una bandera salvadora—hoy más económica que política, porque el verbo de la independencia es inviolable é indisputable para los todos, y se sobrepone á las pasiones y á las tendencias partidistas, por las instituciones particulares, partidos políticos, corporaciones, etc.

Bandera de salvación hemos dicho, y así es en efecto la que logra cobijar á los hombres y todas las parcialidades, para la realización del ideal: la patria libre y soberana, reconstituida por el trabajo, próspera y feliz, respetada por todos los que la habitan, y recibiendo al fin el premio de la persona y honrada en un pueblo unido por el amor y los intereses en la confraternidad hermosa que el Maestro señala, ejemplos sean ante el modelo entero de la grandeza de este pueblo que el mundo en destrucción necesita para lograr su libertad, sea también, al amparo de ésta, reconstruir su hogar, en el mandar, sin necesidad de poder extraño, y cumplir dignamente con sus deberes históricos, alta la bandera en el orden y grande en su virtud.

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Mas noticias acerca de la futura Convención Nacional. Dice El Cubano que se acordó y habrá de Cuba una nación respetable y próspera y entre, sin los autonomías, sin intelectuales, sin los ricos, y sin los hombres del DIARIO y sin los hombres de El País y La Nación.

«No fuimos, pues, nosotros: fué el colega quien «echó á volar esa especie». Lo que nosotros hicimos fué censurarla.

«Y por cierto que al hacerlo hemos cuidado mucho de no dudar responsabilidades contra el Partido Nacional, porque sabemos, y si no lo supiéramos lo supondríamos, y es lo mismo, que ninguno de sus hombres importantes podía ver con buenos ojos tamaña enormidad.

«Por el contrario, más de una vez, en vista de eso y otros desplantes, como el de la *Ida al monte*, hemos emitido la opinión de que semejante conducta en el colega perjudicaba á ese partido, aún sin ser órgano suyo en la prensa.

«Lo que decíamos la verdad lo demuestra el cambio de empresa de El Cubano y la aclaración, rectificación ó como quiera llamarse, á que ahora apela para quedar bien, rectificación de la cual tomamos las siguientes párrafos:

«Puedo contarse á los que tales cosas dicen (los que tales cosas dicen ya se ha visto que son los hombres de El Cubano), quienes, en efecto, no debían decirlo así, sino que al año del Partido Nacional figuran hombres eminentes en las ciencias, en las artes, en la literatura, en el foro, en el periodismo, en la medicina (puede negarse por ventura, que en ese Partido están representados los campos del comercio y la industria (¿se quiere que descendamos á enumerar, á guisa de catálogo, las personas á que nos referimos estas ó de cada de nuestra aseveración)?

«Y así como así, ¿cómo rechazar á los intelectuales y á los ricos, si ellos constituyen parte de nosotros mismos, elemento esencial de la vitalidad de nuestro organismo?

«Vaya, el colega no rechaza ya la riqueza y la inteligencia... de las cosas de su patria.

«Muy mal, si con ello tiene bastante para realizar sus altos empeños. El general Aleman, en un notable trabajo que publica en un colega de la tarde, demuestra, después de un acabado análisis de la presente situación, la necesidad de una obra de saneamiento político-social, en la que «no se aliente el vértigo de las pasiones ajenas, ni se conceda á los indiferentes, ni se espante á los mismos culpables, ni se endiosé á los que están puros; obra de aproximaciones, de justicia reparadora, no de venganzas insensatas ni de exclusivismos estrechos, ni de beneficio personal ó de grupos si no de beneficio único para la patria.»

«No quiere en esa obra violencia ni debilidades, sino orden y procedimientos lógicos «para no comprometer con asonadas ni con el vértigo de las pasiones ajenas, ni lo que es peor, el prestigio de la causa que es defendida.»

«Necesitamos



